

der los resultados que nos presenta en su último libro. La clave es clara: el final del escepticismo académico y la conversión de la Academia platónica al estoicismo, fue lo que llevó a autores como Enesidemo a buscar e instaurar una nueva línea escéptica que pudiera sustituir el escepticismo académico platónico. Enesidemo reconoció a Pirrón como el iniciador de un escepticismo radical que acabaría finalmente en Sexto Empírico. Es después de Enesidemo que se podrá hablar de 'pirrónicos' como sinónimo de *escépticos* (el autor reserva el término '*pirronianos*' para los discípulos y continuadores de Pirrón).

En palabras del autor: «Es bastante plausible que el intento de recuperación del escepticismo que realiza Enesidemo fuese provocado por la actitud de Antíoco de anular el escepticismo académico. Enesidemo aprovechó esta posición cada vez más dogmática de la Academia para conectar el escepticismo con otro origen no académico. Se presentaba la ocasión de encontrar los precedentes filosóficos de la posición rigurosamente escéptica, y se encontraron en Pirrón, que encarnó mejor que cualquier otro —como dice Sexto— los principios de la escéptica» (pp. 167-168). «Curiosamente, la Academia se abandonó, el escepticismo sobrevivió, pero el platonismo como consecuencia de esa transformación al estoicismo se debilitó, desapareció hasta su recuperación en el neoplatonismo, con las consecuencias ya conocidas» (p. 170).— JOSEP MONSERRAT MOLAS.

GÓMEZ CAFFARENA, JOSÉ, *El Enigma y el Misterio. Una filosofía de la religión* (Trotta, Madrid, 2007). 700 pp.

Para los primeros discípulos del profesor G. Caffarena, que recuerdan la formación clásica en Humanidades, la aparición largo tiempo esperada de su obra sobre Filosofía de la Religión hace que broten espontáneamente dos citas de Virgilio: «*Expectata dies aderat...*» y «*Tantae molis erat...*». «Llegó el día esperado...», «Tanto

esfuerzo costó...». Desde que aparecieron los tomos de su trilogía: *Metafísica fundamental*, 1969; *Metafísica trascendental*, 1970, y *Filosofía de la Religión*, en colaboración con Juan Martín Velasco, 1973, se anunciaba la preparación de esta obra, que sólo ha visto la luz, tras mucha revisión, cuatro décadas después. Si la trilogía era ya obra de madurez, la que ahora recensamos consuma la maduración de un pensamiento que, después de pasar por la complejidad, retorna a la simplicidad.

El título es emblemático: enigma y misterio. El autor, siempre filósofo crítico, evita la tentación de afirmar más de lo que sabe y se detiene respetuosamente ante el umbral del más allá. El creyente esperanzado, que se vive envuelto y sostenido por un misterio que lo desborda, nunca cierra la puerta en su filosofía a la pregunta por la Trascendencia, a sabiendas de que la respuesta se nos escapa siempre como el agua del cuenco de las manos se desliza entre los dedos. Por eso el filósofo no cesa de preguntar por el misterio entrevisto, pero indemostrable, y justifica el derecho de la filosofía a cuestionar y pensar la religiosidad. Puede el pensamiento filosófico llegar a preguntarse sobre aquello que lo ha suscitado (p. 13). Pero, a la hora de las respuestas, la especulación metafísica no gozará privilegio de monopolio. El autor, que comenzó repensando la Metafísica, ha dado cada vez mayor peso en su reflexión al lenguaje bíblico y a la referencia a la historia de las religiones. Su filosofar se mueve en una neblina, en la que solamente se aclara el camino a medida que se avanza. La filosofía puede ser «iluminación» humana de un misterio al que apuntan las tradiciones religiosas de la humanidad (p. 14). Se impone la perplejidad, palabra clave en la obra del autor, interrogador ante el enigma, que le da qué pensar, y ante el misterio, que le infunde esperanza. Pero la realidad de la vida plantea más preguntas de las que somos capaces de responder (p. 15). Llaman la atención en el estilo del autor los paréntesis, matizaciones y

adversativas, síntoma de revisión continua. Con razón se hizo esperar tantos años la publicación.

Distanciándose de realismos ingenuos e idealismos pretenciosos, el autor mantiene hasta el final su metodología de realismo interpretativo, sin renunciar a valorar la experiencia religiosa, pero sin dejar de someterla a la crítica (p. 19). La trayectoria de su estudio se vertebra a lo largo de tres vías: tomar en serio el hecho religioso; repensar su interpretación y plantear filosóficamente su plausibilidad. En la primera parte, recorre la historia y estructura del hecho religioso, desde lo ancestral a la crisis actual, pasando por la novedad de las religiones universales. En la segunda parte, pasa revista a las posiciones filosóficas ante lo religioso: desde la asunción de la racionalidad total; desde la evidencia de lo empírico; y desde el sujeto humano y la búsqueda de sentido de su vida. En la tercera parte, recoge el fruto maduro de sus largos años tratando sobre la plausibilidad filosófica de la fe en Dios: lo Absoluto desde la limitada perspectiva humana, el privilegio simbólico del amor personal; y lo posiblemente epifánico del cosmos y de la historia. En definitiva, tanto en filosofía como en religión, la irrenunciable hermenéutica es compañera de viaje y guía en el camino. Era previsible que la obra concluyera como concluye: con dolor e incertidumbre, tamizados por la «locura en la búsqueda de la esperanza». El enigma puede (subrayemos el uso frecuente por el autor de esta expresión de la posibilidad) tener en el misterio una clave de esperanza. La esperanza, a su vez, puede dar sentido y alentar; pero siempre sin salirse del terreno de «los complejos avatares del vivir en la tierra» (p. 681).

Son sintomáticas las citas de encabezamiento de la obra: con Camus, se sitúa ante el enigma y nuestro empeño por nombrarlo; con Kant, del que el autor es reconocido especialista, apunta asintóticamente a una esperanza que se atisba sin demostrarse, pero por la que es irrenunciable inte-

rrogarse; con el Tao, conecta Oriente y Occidente en los puntos suspensivos y silencios de las analogías y las teologías negativas... Y con la Carta I de Juan 4,12, admite que a Dios no se le ve, pero se vive su realidad si se ama auténticamente.

Para algunas mentes que compartan su creencia, el autor parecerá quedarse corto. En cambio, para la increencia, con la que siempre ha dialogado, dará la impresión de ir en algún momento demasiado lejos (p. 676). Él se mantendrá en el centro de esa tensión, en el «entre» de un pensamiento que nunca presume de haber conquistado la cumbre, ni cesa de intentar una y otra vez la escalada. Coincide con Jaspers en afirmar una «fe filosófica». Lo religioso, dice, se extiende más allá del terreno de lo filosófico, pero no debe violar sus elementos básicos: relaciones éticas y racionalidad (p. 679). Pero, a diferencia de Jaspers, el autor ve compatibles en un mismo sujeto las dos actitudes de fe: religiosa y filosófica. Por eso cuando en su 70 cumpleaños le hicimos un homenaje académico, definimos su obra como «esperanza crítica», cotejándola con la de Ricoeur, que sería la «crítica esperanzada» (J. Masiá - M. Fraijó, eds., *Cristianismo e Ilustración*, Univ. Comillas, 1995, p. 57).

El reto fuerte para esa esperanza es el enigma —más que problema— del mal, que el autor no rehuye. La creencia se afirma «a pesar del mal» (p. 679). Pero la entraña humanista de la interpretación de la religiosidad por el autor, hilo conductor de su reflexión, le lleva a concluir con un optimismo modesto. La crisis religiosa de hoy la ve como parte de una crisis de civilización y de humanidad. Lo religioso, debidamente depurado, puede aportar una clave de salida a la crisis (p. 680), aunque sin presumir de decir la última palabra.

Si es cierto que estamos en los albores de un nuevo «tiempo-eje», esta obra es uno de los diez libros indispensables que elegiríamos para navegar por los mares de esa nueva era de las ideas y de las creencias.—JUAN MASIÁ.